

Discurso sobre Cartas de Jorge Carrera Andrade

*Galo René Pérez**

Las cartas son el vertedero, quizás fiel como ninguno, de las reacciones de una persona. Gracias a ellas vienen a nuestra apreciación sus ideas, sus impresiones, sus desahogos íntimos, sus confidencias. Esto es el flujo viviente de su mundo propio, acaso hasta del más secreto. De ahí que su virtud superlativa sea la de la revelación.

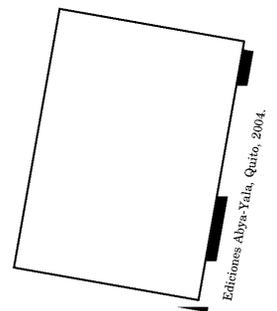
Yo admiro de veras, dada mi parquedad en el ejercicio de ese hábito, a los escritores y figuras eminentes que lo cultivan con talento, con gracia, con ánimo sincero y abundancia. Pero admiro también, y les agradezco los beneficios que rinden con ello, a los compiladores de cartas de los seres superiores, cuyo contenido constituye un testimonio único, invaluable, de los movimientos del alma y de las experiencias fecundas de esos seres.

Como biógrafo de Juan Montalvo y de Manuela Sáenz confieso, con rotundidad infalcedera e inapelable, cuánto he debido al surtidero epistolar de aquellas dos figuras para recrear sus vidas con autenticidad y

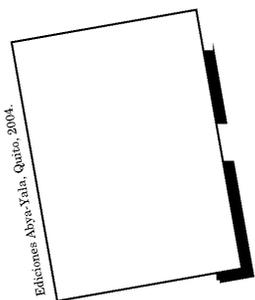
palpitaciones cercanas.

Aludí a mi fervor admirativo hacia los escritores que han sabido dejar en forma abundante el testimonio subjetivo y persuasorio de sus existencias y creaciones, mediante el culto del género epistolar. Y no otro es el caso al que en esta ceremonia he querido evocar: el de Jorge Carrera Andrade. La mayor personalidad, y todavía incomparable, en toda la historia de nuestro, ya centenario, género de la poesía.

Y aludí también a la estima y gratitud que profeso a los intelectuales



* Director General de Promoción Cultural del Ministerio de Relaciones Exteriores del Ecuador.



que recogen, preservan y estudian esa suerte de documentos, las cartas. Tal es, lo confieso, el caso que asimismo tengo que recordar en este momento: el de Darío Lara y de su colaborador y continuador insustituible: Claude, su hijo y nuestro compañero. A los dos —unidos por su condición familiar y su común vocación—; a su esfuerzo ahincado de varios años, a su admiración unánime por la obra colosal de Jorge Carrera Andrade, a sus talentos, uniformes en el grado de su excelencia, les queremos exaltar en esta ceremonia de presentación de los tres volúmenes de la correspondencia de nuestro poeta con las principales figuras de la crítica y la lírica de Europa en el siglo veinte, como prueba de la universalidad de su renombre.

Con Darío Lara comenzamos a ser amigos en la época de nuestra temprana y libre juventud. Fue cuando él, generosamente, se con-

virtió en mi cicerone durante el deslumbrado primer contacto mío con París. Darío, afectuoso y noble asesorador de cartas de algunos de quienes nacimos para vivir entre los deleites y agonías de las letras, según ya lo manifesté, me ha dado una demostración placiente, gozosa, de la perennidad con que se mantiene el calor vivo de los hechos en esa suerte de escritos volanderos, cuyo milagro infalible triunfa de los acosos del tiempo transeúnte, que todo lo anubla, lo disuelve y lo acaba en la fatalidad de los olvidos.

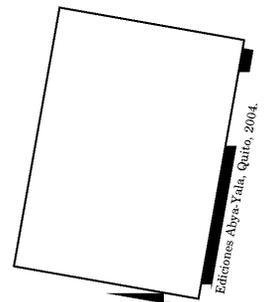
Y esa prueba que Darío me ha dado la hallé, releyendo eventualmente una documentación suya, en una carta de 24 de mayo de 1991, en la que se refiere a mi breve estadía en París de hacía veintinueve años, y a su compañía de interlocutor y guía. Estas son exactamente sus palabras: «es alto el aprecio que le guardo desde que juntos respiramos aquel aire de París en 1952 y me brindó la ocasión de recibir sus cartas. ¿Recuerda? Por ejemplo, aquella de 18 de diciembre de 1952, con este especialísimo encargo (¡que desde luego lo cumplí y muy feliz!): «Le ruego, como un favor especial, volver muchas veces al Café Monte Carlo: siéntese conmigo (tenga la seguridad de que espiritualmente le acompaño) en aquella mesa que está frente a la orquesta. Ponga **nuestros** ojos en esa dulce muchacha de pelo oscuro y levisima sonrisa...» Este fragmento de mi carta de hace

casi medio siglo, en la cuenta puntual del reloj, me ha hecho revivir con nostalgia —o con el corazón y la memoria— una incidencia perdida ya en el oleaje sin tregua de los días.

Un escritor y erudito como Darío Lara, y como su brillante hijo Claude, que han publicado libros ricos de pensamiento y sugestión formal, en estos tres volúmenes recientes que ahora se presentan han conseguido salvar para nuestra habla materna, vertiéndola de la francesa, la correspondencia caudalosa de Jorge Carrera Andrade con intelectuales de gran relieve, oriundos de algunos países. Se puede asegurar sin hipébole que ningún escritor ecuatoriano, de ninguna época, le iguala en esa innumerable relación epistolar con representantes de la cultura extranjera.

Recuerdo claramente que conocí a Jorge Carrera Andrade mientras yo frisaba en mis veinte años de edad e iniciaba esforzadamente mi carrera literaria; él era ya un poeta internacionalmente consagrado, que andaba por los cincuenta años, tal vez. Hicimos una larga amistad, cargada de afectos aunque interrumpida en ocasiones por sus ausencias de diplomático o de funcionario en instituciones lejanas. Del anecdótico de esa alianza intelectual, que lo conservo lleno de frescura en los hondones del alma, no me atrevo sino a rememorar aquí, brevemente, algo de nuestro último encuentro en Quito. Me hallaba enton-

ces ejerciendo la Presidencia de la Casa de la Cultura. Allí me visitó, a comienzos de 1977. Me impresionó con la mayor inmediatez el aspecto de quebrantamiento de su salud y de las fatigas de la edad. No demoré en confesarme su aislamiento familiar y la condición azarosa de su regreso. Me plací, porque afortunadamente me era posible, en nombrarme director de la Biblioteca Nacional, en cuyas funciones se mantuvo hasta su muerte cercana. Me empeñé también en hacerle conceder el Premio Nacional Eugenio Espejo. Le edité, además, en un solo volumen, la treintena de libros de poesía que tenía publicados, y organicé para su presentación un acto público inolvidable, en el cual expresé el gozo de verle, ya para siempre, en su patria por fin recuperada, en nuestra patria que él supo amar desde la más remota lontananza.



Le decía —no sin llamarle con toda razón el autor más depurado y homogéneo de la lírica hispanoamericana— estas conmovedoras palabras: «ya no más aires extranjeros para el poeta, ya no más un pan saboreado, a veces amargamente, entre familias extrañas, ya no más la compungida realidad de las ausencias, que ha hecho arder de lágrimas secretas el rostro de los desterrados. Ahora el poeta está entre nosotros, sintiendo el calor insustituible de lo fraterno, y entre los tri-

gos, las montañas y los ríos que han poblado sus cantos...»

Pero aquel «ya no más» de mis expresiones de aquella noche quiteña vino a trocarse ¡ay! en una fatídica premonición de lo que le acaeció a la vuelta de un corto tiempo: el caer de repente en el mundo insondable de los más, según la sentencia unamuniana, en el mundo oscuro donde un día todo hombre se precipita, atraído por los imanes inexorables de la tumba.